

El papa como una *vedette* mundial, preso entre los micrófonos, las cámaras y las portadas de las revistas populares. Al mundo le encanta cada vez más verlo, a medida que se excusa cada vez más de escucharlo.

Gentes por lo demás delicadas y decentes, y que de seguro no soñarían jamás con abordar a un desconocido (que acaba de serles presentado) con la pregunta: «¿Qué, todavía enamorado?», se creen no obstante obligadas a decir desde el inicio, como si fuera un gesto de cortesía: «¿Y qué, tiene algún libro en curso?».

Hay dos pasajes de Shakespeare que me conmueven siempre de forma muy particular y que, sin embargo, pertenecen a escenas muy secundarias. En *Macbeth*, cuando Duncan avista el castillo donde va a ser asesinado:

*This castle has a pleasant seat, the air nimbly and sweetly recommends itself unto our gentle senses*

y la réplica posterior de Banco. La última vez que asistí a una representación de la obra, en el palacio de Chaillot, los graznidos de los vencejos en las almenas, tamizados por el texto de Shakespeare, perforaban mis oídos de modo muy distinto a los efectos de *estereofonía*.

El otro pasaje, en el quinto acto de *Hamlet*, cuando Hamlet vacila por un instante antes del duelo, mas luego se repone:

*Not a whit: we defy augury: there is special providence in the fall of a sparrow. If it be now, t'is not to come; if it be not to come, it will be now; if it be not now, yet it will come: the readiness is all: since no man has aught of what he leaves, what is't to leave betimes? Let be* (en la versión cinematográfica de la obra, Laurence Olivier decía ese *let be* con genio).

¿Por qué estos dos pasajes? Uno, pienso, porque presiente, y el otro porque no presiente nada. Ninguna otra cosa me ha interesado jamás en el teatro, o casi.

La insatisfacción que me produce el teatro de Chejov, vista a través de una pieza como el *El jardín de los cerezos*: son piezas que parecen adaptaciones de novelas. El recuerdo molesto de otro posible medio de expresión no queda nunca lo suficientemente rebatido por el espectáculo. Por muy buenas que sean –lo que basta para hacernos olvidar la obra maestra– puede leerse en filigrana: *podría ser expresado de otro modo*.

*Novalis*: para convencerse del todo de que es un gran poeta habría que saber alemán. Pero no hay duda de que fue un gran suceso literario: es la primera vez que la literatura deja el Parnaso para acampar a orillas del lago de Genesareth.

Interrogo a Breton sobre su curioso intento –con Aragon, Vitrac y un cuarto cuyo nombre se me escapa– por poner en práctica el precepto del *Manifiesto: Salid a los caminos*. Echaron a suertes el punto de partida, que resultó ser un pueblo de Loir et Cher: a partir de ahí, avanzaron a pie azarosamente por el campo o bien siguiendo las vías del tren a lo largo de varias estaciones. Las cosas empezaron mal: la primera noche, Aragon tuvo un altercado con Vitrac, que regresa a París. Los ánimos, añade, se agriaron muy pronto: en los albergues se sospechaba de ellos y se les negaba alojamiento: las etapas largas por carretera aumentaron el sentimiento de malestar. Un tren de regreso a París y a la calle Fontaine terminó rápidamente con la escapada.

Y, sin embargo, este fracaso patético no puede, a mi juicio, testificar contra una empresa que sigue resultando ejemplar. El surrealismo es así, y tal es su gloria secreta: llena de puntos de partida que ninguna llegada podrá jamás desmentir.

La sensibilidad completamente ahistórica de Goethe, que lo aleja de nosotros. Del instante de su nacimiento, retiene solamente el ascendiente de Virgo: el de Chateaubriand, el de Napoleón.

*Literaturas comparadas*. Sentimos estima y genuina simpatía, ahora que tanto importa la Europa unida, por esos perforadores de fronteras, que tienen puentes entre dos orillas que se han ignorado por los siglos de los siglos, aun si lo que buscan no es tanto mejorar la circulación como la perspectiva.

Chirico emplaza la *instantánea* de sus cuadros entre dos segundos: aquél en el que el signo mágico acaba de ser trazado, en el que la palabra fatal acaba de ser proferida; y aquél en el que los muros de Jericó se desmoronan, en el que las flores del jardín se marchitan. A cincuenta años de distancia, comprendemos que las sombras extendidas a los pies de sus arcadas y estatuas no han reflejado jamás la luz del sol, sino más bien la del hongo atómico.

Una suerte de ley de la conservación de la energía se hace visible: a medida que la intensidad del relámpago crítico aumenta, la *masa* de la obra parece ingeniárselas para disminuir. Y ésta (es el caso del *nouveau roman*) se vuelve consciente de su no resistencia, presentándose ya acicalada, dispuesta para la disección crítica: *predigerida*.

He vuelto a preguntarme, una vez más, de dónde viene el encanto –siempre invariable– de *Roscoff*, ciudad semejante a esas mujeres que no tienen